

LECCIÓN: Separados para un propósito mayor// Ramón Ubillos DISIPULADO CUERPO DE CRISTO

Santidad y separación para Dios

La característica principal de un siervo de Dios es estar apartado y consagrado a Él, lo que comúnmente se conoce como santidad. Esta separación no significa solo evitar el pecado, sino dedicar la vida completamente al propósito divino, siendo un instrumento útil en las manos de Dios. Un ejemplo bíblico se encuentra en la iglesia de Antioquía, donde el Espíritu Santo guió a los líderes a separar a Pablo y Bernabé para una obra específica, revelando que Dios tiene un plan personal para cada llamado. En Ezequiel 22:26, se muestra cómo los sacerdotes que no distinguían lo santo de lo profano contaminaban los santuarios, recordándonos que para los creyentes todo debe hacerse conforme a la voluntad de Dios, no solo en lo espiritual, sino también en lo natural y en las relaciones con los demás. La santidad implica, por tanto, un compromiso integral de vida.

Integridad espiritual y natural

Dios no busca un crecimiento espiritual aislado, sino una obra completa que abarque cuerpo, alma y espíritu. La persona íntegra desarrolla su carácter, emociones y capacidades físicas de manera armoniosa, evitando centrarse únicamente en lo espiritual como si fuese una existencia angelical. Lo profano se refiere a todo aquello que pertenece al sistema del mundo y que no se alinea con los valores divinos, como

actitudes egoístas, materialismo o comportamientos dañinos. El creyente está llamado a establecer en lo natural un sistema que refleje lo divino, actuando con integridad en cada aspecto de su vida y demostrando coherencia entre lo que profesa y lo que vive.

Vencer el mal con el bien

Aunque los creyentes pueden sentirse vulnerables en un mundo lleno de desafíos y adversidad, Jesús enseñó que, aun siendo “ovejas en medio de lobos”, sus seguidores tienen la capacidad de vencer el mal. La clave está en usar el bien, la verdad, la luz y el amor como armas espirituales, en lugar de recurrir a la violencia o al resentimiento. Alimentar el odio solo fortalece al mal, mientras que ejercer la bondad y la compasión lo debilita, quitándole su “oxígeno” espiritual. Esta enseñanza invita a transformar la sociedad y el entorno mediante actitudes positivas, mostrando que la verdadera victoria no se logra con confrontación, sino con la manifestación del carácter de Cristo.

Separación entre lo santo y lo profano

Mantener una separación clara entre lo santo y lo profano es vital para preservar la pureza personal y comunitaria. Una sola manzana podrida puede estropear todo un saco, ilustrando cómo una acción, actitud o pensamiento corrupto puede afectar la vida y el ambiente espiritual. La expresión “cargar el muerto” muestra que permitir que un pecado o una actitud degenerada permanezca puede contaminar todo lo que se construye alrededor. Por ello, es fundamental evitar la contaminación del espíritu y del cuerpo, participar en mantener los espacios limpios y evitar integrarse de manera pasiva a ambientes que promuevan el pecado. La santidad requiere acción, discernimiento y responsabilidad en la propia

vida y en la comunidad.

Influencias negativas y pureza

Las malas influencias, aunque parezcan pequeñas, pueden afectar profundamente nuestra forma de pensar y actuar. Una conversación negativa, un mal ejemplo o una actitud tóxica pueden corromper costumbres, relaciones y el ambiente espiritual. Tal como un poco de levadura leuda toda la masa, un detalle de maldad puede expandirse y afectar la vida de todos. Por eso, es necesario reconocer estas influencias y separarse de ellas, estableciendo límites claros para proteger la pureza de la mente, las emociones y la espiritualidad. Mantener un ambiente saludable y positivo es un acto de disciplina que fortalece la vida y el ministerio.

Ministerio y llamado específico

El ministerio requiere un llamado claro y un compromiso consciente. En Hechos 13:1-3 se describe cómo la iglesia en Antioquía tenía profetas y maestros que ministraban y ayunaban, y cómo el Espíritu Santo los apartó a Bernabé y Saulo para una obra específica. Estar apartado para el ministerio no es solo un honor, sino una responsabilidad que exige tiempo, dedicación y preparación. Cada creyente tiene un ministerio único, ya sea en la predicación, la enseñanza, la alabanza o la misión, y es crucial reconocer el llamado de Dios y cultivar los dones necesarios para cumplirlo de manera efectiva.

Preparación y dedicación al ministerio

La preparación para el ministerio evita errores y fortalece la capacidad de servir con excelencia. Conocer lo que Dios quiere de cada uno permite enfrentar desafíos, como ir a un país

extranjero con un idioma diferente, y aún así cumplir con el propósito divino. Estar apartado para un ministerio específico permite sobresalir en el área en que Dios nos ha colocado, tal como Pablo y Bernabé fueron enviados a diversas regiones para expandir el evangelio. Prepararse implica aprender, entrenar y perfeccionar los dones y habilidades, asegurando que la obra que se realiza sea fructífera y cumpla con los estándares de Dios.

Fidelidad y roles en el ministerio

Desarrollar un ministerio requiere fidelidad, disciplina y especialización. La Segunda de Timoteo 2:2-5 enseña que es necesario ser fiel, enseñar a otros y evitar distraerse con asuntos mundanos. Quien tiene un llamado concreto debe desempeñarse en su rol específico, utilizando sus dones y capacidades para cumplir el propósito de Dios. Cada persona tiene un papel que cumplir, y el ministerio no se trata de ocupar un puesto por disponibilidad, sino de servir con excelencia y en coherencia con el llamado recibido. Esto garantiza que la obra de Dios sea efectiva y que cada miembro contribuya según su talento y vocación.

Especialización y desarrollo de dones

La especialización es esencial para el éxito en cualquier área del ministerio. Así como en el deporte se selecciona al mejor jugador para cada posición, en la iglesia es importante identificar quién tiene las habilidades necesarias para cada tarea, ya sea liderar la alabanza, enseñar o coordinar proyectos. Reconocer las limitaciones propias permite enfocarse en áreas donde se puede servir con mayor eficacia y evitar obstaculizar la obra de otros. El entrenamiento constante, la práctica y el desarrollo de habilidades son fundamentales para cumplir con excelencia el llamado de Dios.

Propósito divino y provisión

Conocer el propósito de Dios para la vida de cada persona permite encaminarse correctamente y recibir la provisión divina. La gracia y el respaldo de Dios acompañan a quienes cumplen su llamado, eliminando la necesidad de depender de otros recursos. Quien recibe un ministerio debe actuar con integridad, sin adulterar la palabra de Dios, y permanecer firme en su propósito. La certeza de que Dios provee y respalda su obra fortalece la confianza, motivando a avanzar con seguridad y fidelidad, sin desmayar ante dificultades o retos.

Identidad en Cristo vs. ministerio

La verdadera identidad del creyente no se encuentra en el ministerio ni en los títulos, sino en ser hijo de Dios. El ministerio es un lugar de servicio y crecimiento, pero no define quiénes somos. Buscar la presencia de Dios y vivir en relación con Él es fundamental para mantener la fortaleza espiritual. Los desafíos o cambios en el ministerio no deben afectar la percepción de la propia identidad; esta se basa en la filiación divina, y el ministerio es simplemente un instrumento para expresar esa relación y cumplir el propósito de Dios.

Orden y honra en el ministerio

El orden y la disciplina son esenciales en la vida ministerial. 2 Tesalonicenses 3:6-9 instruye a apartarse de quienes actúan desordenadamente y a trabajar con esfuerzo, evitando ser gravosos a otros. Quien ha sido llamado al ministerio debe definir prioridades, decir no a lo que no contribuye al propósito de Dios y avanzar con determinación. Disfrutar la vida con un plan divino y buscar la honra de Dios asegura que el servicio sea fructífero, significativo y

alineado con la voluntad del Creador. Cumplir con excelencia genera bendición, tanto para quien sirve como para aquellos que se benefician del ministerio.